EL TESORO DE ARLATÁN

CAPÍTULO PRIMERO

Sr. D. Enrique Danjou.—París.

Al recibir tu carta, mi querido hijo, en el viejo Tim ha brillado la alegría como una hoguera de San Juan. Sí; si lo que dices es verdad, si sinceramente deseas acabar con Magdalena Ogé, pronto la maleta y ven á mí; tengo lo que necesitas. No aquí en los pinares de Montmajour. Para la prueba que emprendes, el sitio no es bastante salvaje; recibo revistas, periódicos, en los que encontrarías el nombre de tu diva y el detalle de sus proezas, sin contar con que adora el Me-

diodía, y sería muy capaz, adivinándote en Montmajour, venir á representar *Madame Camargo* ó la *Perichole* en el teatro de Arlés, como hace diez años. Desde Montmajour, cuando el cielo está claro, oimos cantar á las muchachas de Arlés. La voz de Magdalena te llegaría todavía con más seguridad, mi pobre Franciot (1), y te atraparía en seguida. Así, pues, el refugio que te ofrezco está en un rincón bastante más extraviado y lejos de todo, donde no llegan los periódicos, donde no hay vitrinas para las fotografías de actrices guapas, y del que puedes ver el adjunto itinerario.

Llegado á Arlés por el tren de París, el tren de la noche, sigues el muelle del Ródano, el solo viviente á esta hora de la mañana. El barco de vapor, que hace el servicio de la Camarga, humea al fin de la escalera. Son las seis; se empieza el

(1) Franciot, Franciman, denominación provenzal del francés del Norte.

embarque. Con la triple velocidad de la corriente, de la élice y del mistral, van desarrollándose las dos orillas. A la izquierda, la Crau, una llanura árida y pétrea; en frente, la Camarga prolongando hasta el mar su inmenso triángulo de miés, de hierba, corta y de pantanos. De vez en cuando, á babor ó estribor, hacia Imperio ó hacia Reino, para hablar como los marinos del Ródano, el barco se pára en algún pontón, y bajan destajistas cargados de herramientas y muchachas con las cestas al brazo cubiertas con sus largas mantas obscuras. A la cuarta ó quinta escala en la orilla de Camarga, cuando oigas nombrar la masía de Giraud, desembarcas.

Ante la antigua granja provenzal de los Marqueses de Barbentane, con su largo banco de piedra y su tejadillo de cañas secas, te esperará el carricoche de Charlón. ¿Te acuerdas de Charlón, el hijo mayor de Mitifio, nuestro antiguo

guarda de Montmajour, el que te puso en las manos la primer carabina? Hoy Mitifio, carcomido por el reúma, como su amo, no puede meterse en las polainas sin horribles gestos; y ha sido su hijo el encargado por mí de la guardería de los estanques de Camarga, tan abundantes en caza, y de los que te he hablado tan amenudo. Charlón, prevenido de tu llegada, te conducirá á la Cabaña, nuestro apeadero de caza, y allí te instalará. Viviendo á doscientos ó trescientos metros de ti, estará día y noche á tus órdenes, y suministrará para tu mesa los conejos y el pescado que la hermosa. Naïs cocinará á la camarguesa.

Esta Naïs, mujer de Charlón, la bailaste en tu último viaje á Montmajour, hace cinco ó seis años, y es hija de uno de nuestros granjeros en tierra de Crau. Aún me acuerdo de tus gritos de admiración un domingo, día en que poníamos el hierro á los toros y los corríamos, al

verla llegar á caballo al redondel con el marcador en la mano, y sus hermosos cabellos rojos retorcidos bajo una pequeña toca de Arlés. Te alegrará verla. Salvo el matrimonio Charlón, ni un vecino ni un alma; hay un guardián de caballos que vive hacia el estanque del Vacarés, pero el Vacarés está á una legua larga de la Cabaña, y además, ni en casa de este guarda ni al lado de Naïs y de Charlón, oirás pronunciar el nombre de Magdalena; nadie te hablará de ella, nada te recordará su imagen. Yo mismo no iré á verte mas que cuando me hagas una indicación: es preciso que la prueba sea completa.

Aquí, entre nosotros, querido mío, no tengo más que una débil confianza en este tratamiento por la soledad y el olvido. ¿No fué en el desierto cuando más tentado y atormentado se vió Jesucristo? Así, pues, provéete de firmeza y voluntad allá abajo; y si sientes acercarse el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

peligro, has como los bueyes en Camarga los días de huracán. Se aprietan unos contra otros, con las cabezas bajas y vueltas del lado del cierzo. Nuestros pastores provenzales llaman á esta maniobra *vira la bano au gisclo,* volver el cuerno *au gicle,* al rocío del mar. Te recomiendo la maniobra.—*T. de Logeret.*

Aviso. Se carece de todo en la Cabaña. Procurarse un cuerno de pólvora es una empresa tan difícil como para Robinsón Crusoe hacer un viaje á su navío. Tienes que llevar bujías, azúcar, te, café, conservas; y perdona estos burgueses detalles en tan grave y sentimental situación.

CAPÍTULO II

A la puerta de la masía de Giraud esperaba el hombre con su carricoche. Danjou tardó en reconocer al hijo de Mitifio en aquella cara afilada en aquellos rasgos hundidos y aviejados.

—¿Has estado enfermo, Charlón? le preguntó mientras iban los dos tras la carretilla con los equipajes hundiéndose en el país bajo.

—¿Enfermo yo?... Nunca, señorito Enrique. Únicamente que todos los años, en los grandes calores, estos estanques y canales, que ve Ud. moverse bulliciosamente y relucir como mercurio, todo se convierte en una verdadera podredumbre, y con sólo salir á tirar un ánade, se está se-

guro de volver á casa con fiebre. ¡Esto es lo que le curte á uno el pellejo!

Al decir esto, Charlón guiñó un ojo al elegante Franciot, con barba de reître (1), ojos pequeños y amarillentos de trampero hecho á los ardides de mar y tierra.

—Me parece á mí, señorito Enrique, que sus mejillas se han hundido también... Sin embargo de que allí en París no tienen ustedes nuestras fiebres pantanosas.

—Sí... y fiebres muy malas; precisamente vengo á Camarga para tratar de curarme.

Danjou había hablado seriamente. El labriego le contestó con el mismo tono de gravedad.

—En verdad, que en la estación presente, nuestro país no puede ser más sano.

Pasadas hacía un momento las tierras de la masía de Giraud, entraban en plena

(1) Forma de barba que usaban los reîtres caballeros alemanes del siglo XVI.

Camarga salvaje. Formaba una línea uniforme, prolongada indefinidamente, cortada por estanques y canales brillantes, entre la rubicundez de los hinojos. Carecía por completo de altos árboles; únicamente se veían ramos de tamariscos y rosales como islotes sobre un mar tranquilo. Aquí y allá corrales para las bestias, extendiendo sus techos bajos casi á nivel del suelo; y rebaños dispersos, echados en la salina hierba ó caminando juntos alrededor de la gran blusa del pastor.

Para animar la decoración, la luz de un hermoso día de invierno meridional, el mistral soplando por las alturas, azotando y rompiendo un gran sol rojo y haciendo correr largas sombras en un cielo azul admirable.

—¿Y tu mujer, la hermosa Naïs; no me hablas de ella, Charlón?

Bajo el descolorido fieltro deformado por los temporales, el guarda frunció sus espesas cejas.

—A ésa sí que la han cambiado las fiebres. Las tiene, por decirlo así, del principio al fin del año... Ya ve Ud., estamos en pleno invierno; pues ayer mañana se acostó con ella, y desde hace dos días no hace más que tiritar... cla... cla... ¡Ah! La hermosa Naïs, con quien bailó usted toda una noche, en la fiesta de Montmajour; la que pensaba tantas cosas al pasear cogida de su brazo y oir decir á su alrededor: "*ve,* qué apuestos son"...; esa, que es hoy mi pobre mujer, no se la parece en nada, y no seré yo quien se queje. Mejor la quiero así, menos hermosa, y para mí solo.

Esto lo dijo con un acento de sinceridad y cólera que chocó al Franciot.

—¿Estás celoso, Charlón? Y con esa necesidad tan humana de relacionarlo todo con nuestras propias miserias, le dijo: ¿Qué hubiera sido de ti si hubieras tenido una actriz por mujer, una cantante, obligada á desnudarse todas las noches para el público, á enseñar sus brazos, sus hombros?...

Las pupilas del guarda centellearon:

—No son esos oficios para nuestras mujeres de acá, señorito Enrique; así es que no sé qué contestarle. Solamente recuerdo que una noche en Arlés, entré en un café cantante donde había una de esas señoras del teatro algo parecida á Naïs. Un momento, al hacer la colecta, después de cantar, cuando la vi pasar junto á mi rudo traje, con aquella piel que relucía bajo las luces, me pasó la idea que aquella pudiera ser mi mujer, al mismo tiempo que sentía una gana de llorar y gritar, algo que no sabré decirle... Me vi obligado á salir porque creo que la hubiera extrangulado."

Hubo un instante de silencio,

Danjou pensando en el hermoso impudor de ciertas mujeres de teatro, recordaba el cuarto de Magdalena en los Recreos y veía á la actriz desnudándose

en el entreacto ante cualquier escritor-zuelo, al que llamaba "mi autor", mientras el amante se consumía obligado á sonreir y á pasar alfileres á la modista con manos temblorosas de rabia, de celo y de ganas de pegar.

Felizmente llegaban á la Cabaña, y la instalación, el rústico almuerzo ante un gran fuego claro, de troncos de cepa y tamarisco, arrojaban lejos de allí todas estas infamias. Mientras que Charlón, cachazudo en la mesa como buen labriego, acababa de desmigar su queso de *cacha* con la punta del cuchillo, Enrique Danjou inspeccionaba aquel singular pabellón de caza, tipo de la casa camarguesa que le iba á servir de sanatorio. La única pieza vasta, alta de techo, sin ventanas, con muros de cañizo seco y amarillento, recibía la luz de la llanura inmensa por una puerta vidriera que cerraban por la noche con grandes maderas. A lo largo de los muros blanqueados

con cal, pendían fusiles, morrales y botas de pantano.

En la alta chimenea de campo, donde se colgaba el *caleil,* la pequeña lámpara de cobre de antigua forma, se mezclaban algunos volúmenes descabalados de la biblioteca neo-provenzal, con pipas viejas y paquetes de tomillo seco. *Mirella* y *Las islas de oro,* de Mistral; *La granada entreabierta,* de Aubanel; *La farandula,* de Anselmo Mathieu, y *Las Margaritas,* de Roumanille. En el centro de la pieza un mástil, un verdadero mástil plantado en el suelo subía hasta el techo en punta, sirviéndole de apoyo, y en el fondo se veían alineadas contra la pared dos grandes camas-cunas cubiertas con una cortina de indiana azul.

Frente á la Cabaña se distinguía la casa del guarda detrás de un macizo de rosales de España. En aquel momento precisamente subía una columna de humo del techo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

—Es Naïs que estará haciéndose algún cocimiento, ¡pecaïre(1)!—suspiró Charlón con la boca llena, en un arranque de compasivo y sencillo egoísmo. Danjou le preguntó: Si está Naïs enferma, ¿quién, pues, nos ha preparado tan linda mesa?

—La pequeña, ¡cáspita!... la que le servirá la cena esta noche.

—¿Qué pequeña?

—Zia, la hermana de Naïs, que ha venido á pasar algún tiempo con nosotros. Es muy vivaracha, muy arreglada, y será muy ama de su casa. Lo malo que tiene es que va á marcharse á casa de los abuelos, para hacer su *buen dia,* su primera comunión, como dicen ustedes en el Norte.

Viendo que el Franciot había hecho el inventario de la mansión y se preparaba á salir, se levantó prontamente para seguirle, según las órdenes de su amo, pero Danjou no quiso.

(1) Dicho popular de la Provenza.

—Gracias, muchas gracias, Charlón..., Lo que debes hacer es entrar tu caballo, que se aburre desde hace una hora masticando hierba en la puerta. Yo me marcho hasta la noche.

Alrededor de la Cabaña, y hasta perderse de vista, el suelo estaba alfombrado de fina grama salpicada de florecillas de invierno, que no se encuentran más que en Camarga, y de las que algunas como las ensaladillas, cambian de color á cada estación. Después de una hora de marcha sobre este césped aterciopelado y blando, en que aparecían de trecho en trecho algunos arbustos señalados por el paso del mistral, retorcidos y como inclinados hacia el Sur, en actitud de perpetua huída, el parisién se encontró ante el estanque del Vacarés, dos leguas de agua sin una barca, sin una vela, dos leguas de ondas radiantes y de dulce cabrilleo que atraía bandádas enteras de cercetas, garzas y flamencos de rosadas

alas, algunas veces ibis, verdaderos ibis de Egipto, que estaban como en su país, bajo aquel sol espléndido, y aquel paisaje mudo. Sobre todo, lo que se desprendía para él de aquella soledad era una impresión de paz y seguridad que experimentaba por primera vez desde su partida de París.

¡Ah! ¡Qué alegría olvidar, no pensar en nada, por lo menos no pensar en aquella mujer, no decirse: "Las cinco; el ensayo acaba. ¿Vendrá directamente del teatro ó se detendrá en el Suizo con esos cómicos de la legua?" ¡Qué lejos estaba todo esto en aquel momento; qué amparado se sentía y qué bien defendido por aquel infinito espacio de horizontes azules y cielo abierto!

A medida que el sol bajaba lentamente sobre el agua, el viento se apaciguaba. No se oía más que el ligero ruido producido por el chocar de las olas y la voz de un guarda de caballos llamando

un rebaño disperso al borde del agua: "¡Lucifer!... ¡Estelle!... ¡Esterel!..." Al oir su nombre, cada animal acudía con las crines al viento á comer la avena en manos del gaucho que, habiéndose apeado del caballo y con la chaqueta de fustán al hombro, apoyado en la pesada silla, leía un librito de cubierta rosa. ¡Era tan hermoso el cuadro bajo el sol Poniente, las bestias con las crines flotantes, y el gesto majestuosamente distraído de aquel guarda distribuyendo avena que sacaba de una bolsa de cuero, sin dejar de leer!

Danjou se acercó con curiosidad al hombre y á su libro:

—¡Lo que lee Ud. debe ser muy interesante!

Una cabeza asiria, de grandes y correctos rasgos, con larga barba gris, cubriendo un color de marfil viejo, sembrado de pequeñas arrugas, se irguió y pronunció con ronca voz y tono satisfecho,

ceceando entre dientes blancos y relucientes como almendras:

—"Muy interesante, efectivamente, mi querido amigo... Esto se llama... espere usted un momento que lo mire.. esto se llama... *¡El Antiglutinante!*"

Eso leía, en aquel grandioso cuadro, con aquella apostura de héroe; una de esas indicaciones que envuelven los frascos de especialidades farmacéuticas... *¡El Antiglutinante!* Y para acabar de asombrar al señor de París, añadió:

—Tengo una provisión de estos libracos... Los compré en la venta de una botica de la Tour-Saint Luis. Todo esto forma parte de mi tesoro... el tesoro de Arlatán, famoso en toda la Camarga... Si algún día va Ud. á verme, se le enseñaré. Mi choza está allí en aquel barranco... Buenas tardes, muchacho.

—Buenas tardes, Sr. Arlatán.

La vuelta fué agradabilísima durante el crepúsculo. Al emprender deprisa el

camino de la Cabaña, Danjou oyó todavía durante unos momentos la voz del antiglutinante que reunía sus caballos para la noche, dejando lugar este ruido á innumerables pisadas que semejaban la lluvia. Eran millares de carneros llamados por los pastores y perseguidos por los perros que se apretaban alrededor de los rediles. Se sentía invadido, rozado y confundido en aquel torbellino de rizada lana, y de balidos, una verdadera marejada que parecía llevar á los pastores en su sombra. Poco después, y algo lejos, pasó con vuelo muy bajo como si quisiera descender á tierra, un largo triángulo de ánades; de pronto, el que iba de guión de la columna alargó el cuello y se remontó con un grito salvaje, seguido de todo su acompañamiento.

La puerta de la Cabaña, invisible hasta entonces, se abrió, recortando en la llanura un gran cuadrado de luz intensa, apareciendo al mismo tiempo la silueta

graciosa y alta de una arlesiana de manta obscura y pequeña toca que se dirigía á casa de los Charlon y que pasó rozando en la obscuridad al Franciot, quien creyó reconocer á su antigua bailarina de Montmajour.

—Buenas noches, Naïs...

Una risa ahogada fué la única respuesta de la joven, desvanecida mágicamente en la cercana sombra.

Dentro del cuarto, la mesa estaba servida para una persona, la lámpara y el fuego estaban encendidos, y mientras una bien oliente sopa de anguila con hierbas humeaba sobre el mantel entre una medida de sonrosado vino y una corona de pan muy blanco, dos ó tres platillos cubiertos cociendo lentamente ante el rescoldo al lado de platos de recambio de tierra amarilla, decían sin ceremonia: "Ahí está la cena, sírvase Ud." En aquel enorme espacio negro, aquel cubierto, aquella choza desierta é iluminada, era

encantador por lo inesperado y misterioso.

Comió con más apetito todavía que por la mañana, colocó un volumen de Mistral á su lado, en la mesa, pero sin leerle, hinoptizado como estaba por el silencio de la sombra que le rodeaba y los ruidos que por instantes la turbaban. Unas veces eran vuelos de grullas corriendo por encima de la Cabaña con restregones de plumas en el aire vivo, y crugidos de alas estropeadas é hinchadas como velas. Otras, una nota triste que pasaba y rodaba en el fondo del cielo, con ronquido de caracol marino. Y él, con la puerta abierta, trataba de definir qué grito podía ser aquél tan extraño, cuando el guarda apareció precedido por los círculos luminosos y vacilantes de una gran linterna.

—Eso, señorito Enrique, es el *bitor* (1)

(1) Alcarabán: pájaro que vive en los pantanos.

que decimos nosotros... pesca con su gran pico, que hace ese ruido en el agua... rrrooou... Es un buen tiro, y sazonado por Naïs en adobo, no sabe mucho á cieno.

—Tu mujer es una cocinera consumada, Charlón; lo único que me choca es que no conozca á sus antiguos amigos.

—Pero, señor, si no es Naïs la que se ha encontrado usted; es Zia, que está tan grandona como su hermana, aunque no tiene más que quince años.

—¿Quince años Zia? ¿Y no ha hecho aún la primera comunión?

Charlón no contestó; le acababa de apagar la linterna un golpe de viento Sur que se levantó bruscamente. Entraron en la cabaña, y encorvados hacia el fuego, fumaban silenciosamente, cuando el guarda dijo con triste voz:

—¡Ay! No sé lo que tienen en la cabeza estas gatitas... ésta, ya va por tres veces que en el momento de hacer su buen día,

el señor cura la deja para otro año... Y sin embargo, tiene toda la instrucción que necesita. Su catecismo le sabe de memoria, y, además de esto, es una buena muchacha á carta cabal... Hay algo que no comprendo, puesto que nuestro capellán, que es el mejor de los hombres... Naïs y yo no sabemos qué pensar.

Se levantó para echar unas cepas en el fuego que se extinguía, y con el sonrosado color de la llama parecieron serenarse sus ideas. Iban á terminar ya con tan enojosa historia, se acercaba la época de la comunión, y la pequeña, que no se había separado de ellos desde la enfermedad de Naïs, había aprovechado la casa como retiro. Allá arriba, en Montmajour, estaban demasiado cerca de la ciudad, y sus tentaciones, almacenes con espejos y dorados, muestras de encajes, alhajas y nudos de terciopelo, todo lo que emplea el diablo para levantar de cascos

á las muchachas, mientras que en la Camarga...

—¡Oh! En la Camarga es la vida bien sencilla..., interrumpió Danjou riendo. Como tentación del infierno ó espejuelo, no veo más que el tesoro de... ¿cómo se llama?... el tesoro de Arlatán.

—¿Conoce Ud. á Arlatán?, preguntó admirado Charlón; y ante aquella irreverencia del Franciot, que hablaba así de una de las glorias de la comarca, creyó deber contarle la vida y triunfos del guarda, primero como picador ó tentador de bueyes, jefe de una ganadería célebre en todas las fiestas de Provenza, hasta en las arenas de Arlés y de Nimes... Enfermo á consecuencia del cansancio y de los excesos, Arlatán se hizo guarda de caballos, oficio menos duro y peligroso, y cuidando sus dolores con hierbas y pomadas de su invención, adquirió en toda la Camarga, de Trinquetaille á Faraman, gran celebridad de charlatán curandero, sobre todo para la fiebre y el reúma. ¿Era bien merecida? Charlón no tenía talento suficiente para decirlo...

—Lo que puedo certificar, dijo el marido de Naïs encendiendo el farol para la vuelta, es que en la caza de ánades del año pasado, cogí las calenturas en Chartrouse, y él me curó en dos sesiones y con un bote de su bálsamo verde.

—Entonces ¿por qué no le mandas á tu mujer?

Naïs no consiente en ello á ningún precio: aborrece á ese hombre como á las salamandras y murciélagos. Sin embargo, no tiene nada de desagradable... y en su juventud ha sido un muchacho soberbio... Me acuerdo que de pequeño, cuando iba á orillas del mar á ver las justas de los hombres que perseguían á las perdices corriendo, entre los diez mocetones alineados, completamente desnudos y con una correa á la cintura, á él era al que las mujeres miraban... Y

cuando salía á poner el hierro á los toros, nadie miraba más que al hermoso moreno, como le llamaban... hasta las señoras de la ciudad, que le perseguían... Naïs, no sólo no consiente en ir á verle, sino que cuando él viene á casa, se esconde, y hasta ha prohibido á Zia que se acerque á su choza. Y ahora yo creo, señorito Enrique, que se debe uno marchar á la cama. Oiga Ud. cómo sopla el viento Sur; parece una tempestad; dentro de una hora oirá bramar á la vaca de Faramán.

—¿Qué vaca es ésa, Charlón?

—Es el mar, señorito Enrique. Cuando el viento da frente á nosotros en los arenales de Faraman, lanza un bramido tan fuerte, que en nuestro país de ganadería le hemos puesto ese mote.

Y efectivamente, en toda la noche paró la vaca de Faraman. Los rosales gritaban, la cabaña crugía por todos lados; con el lejano mar y el viento que le

acercaba, venía un ruido más ensordecedor, de modo que Danjou, incapaz de dormir, podía creerse en la cámara de un barco. Desgraciadamente, Magdalena se encontraba á su lado. Hasta por la mañana, con los ojos abiertos y fijos en la sombra, revivió hora tras hora la innoble novela de su ruptura. La Ogé en escena todavía; él, echado en el diván del cuarto, esperaba á su querida frente á un gran espejo de *toilette*, en el que de pronto vió aparecer á Armando, el guapo barítono, vecino de cuarto de la cantante, entrar á medio vestir, chorreando *cold-cream*, y correr al manguito de nutria colgado en la percha para recoger la carta que le esperaba todas las noches. "Mi querido Armando: creí que cenaría en casa de sus padres..."

Aquella carta, arrancada de unos grandes y pringosos dedos cargados de sortijas, Danjou la sabía de memoria y la recitaba cruelmente, revolviéndose en su

catre de guarda-bueyes. Después de haber tenido el valor de partir sin ver á la muchacha, sin dejarle cuatro letras, se preguntaba lleno de espanto si le martirizaría todas las noches como en aquel momento con su graciosa sonrisa impúdica y voluptuosa, inclinándose hacia la cama, y con aquella voz expresiva y dolorosa que oía rondar alrededor de la casa, gemir bajo la desvencijada puerta, llamando, solicitando perdón, allá abajo, en los arenales de Faraman.

CAPITULO III

El gran soplo salado del mar y la espléndida luz del exterior le sacaron bruscamente de uno de esos sueños pesados, de uno de esos abismos en que se cae por la mañana, después de una noche de insomnio. ¡Oh, qué hermoso despertar!... ¡Qué poco se parecía lo que tenía delante al cuarto de Magdalena, á los bastidores de los Recreos!... De pie, á corta distancia de la puerta abierta, se veía una muchacha alta y rubia, cubierta con un amplio fichú de muselina y la alta toca de Arlés, la *punta* (1) que hace la cabeza ele-

(1) Parte del cabello que sobresale de la negra cinta que llevan las arlesianas para sujetarse el pelo.